

Eduardo Reyme Wendell
Lección de las aves

Lima, Vivirsinenterarse, 2015
Jossimar Cavalier Gonzales



Nosotros no amamos como las aves

Si amáramos como las aves, holgaríamos nuestras alas y realizaríamos el respectivo baile de cortejo. Si tan solo amáramos como ellas, nuestras palabras serían pequeños susurros que remecerían constelaciones y surcarían aires no tan lejanos. El amor nos hace volar y la poesía solo es ese instrumento para alzar el vuelo. Pero nos hemos alejado de las coordenadas correctas y nos hemos convertido en el pájaro en el ojo de la bestia: «... el pájaro / impreso en el ojo del cazador / se vuelve el cazador mismo en el ojo de la bestia» (Saint-John Perse): epígrafe que da inicio a la primera parte del poemario *Las aves y el amor*.

Nos devoran mañanas y no podemos hacer nocturno el amor; solo renegamos que el mundo siga indiferente mientras pertenecemos cínicamente a ese mar de hipocresía. *Lección de las aves* (Vivirsinenterarse, 2015), poemario dividido en cuatro apartados, presenta a un yo poético que nos increpa, que nos deja rodeados de preguntas, que hace nostálgico el amor solo para que nosotros como lectores nos mimeticemos con ese sentir que de hecho ha sido dado sin tapujos ni censuras. Sin embargo, existen preguntas dentro del libro que pautean cada apartado y que lo hacen en síntesis una lección: ¿cómo construir el amor sin caer en la cotidianidad? ¿Cómo ser un actante para el amor si solo nos mantenemos estáticos frente a un mar de recuerdos?

En el apartado «Las aves y el amor», las aves nos enseñan a que las preguntas son solo los indicios del pichón que está aprendiendo a volar. Hay una constante nostalgia de un amor que increpa, de un amor no material, de un amor que se pierde en la imagen del mar de la herradura, de un amor proyectado hacia futuro, de la esperanza del amor: «Seríamos felices con nuestras alas etéreas perforando la / Capa de ozono y muriendo cubiertos por esa atmósfera que / provoca tu cuerpo anidado en el mío / seríamos felices purificados como dos recién nacidos...» (p. 21).

En «Historia natural», poema de cinco apartados y que además considero que sintetiza esta primera parte, el yo poético se muestra estático como las olas, precisamente envuelto en un mar de recuerdos. Estos

apartados proponen a su vez diferentes orillas de lectura en donde muerte, nostalgia, el ahora; la venganza y el amor son solo marejadas que desembocarán en la esperanza del amor. El vuelo se presenta inestable, se presenta como ya lo dije, lleno de preguntas, de cotidianidad, en donde los lunes nos quema la lengua, los martes encontramos las camas vacías, los miércoles están llenos de lecturas, y dentro de todo esto el vuelo solo desea construir las coordenadas para «atrapar el amor».

En el segundo apartado, «Todos somos aves frente al espejo», el yo poético está cansado de la cotidianidad; como si la investidura del trabajo «casi nupcial», como diría Mario Montalbetti, pesara. Sin embargo, ese sentir es combativo. Los recuerdos de su infancia empuñan espadas y luchan a verso limpio con aquellos días en donde duele ponerse el saco y la corbata; en donde nos tragamos las preocupaciones tanto propias como ajenas. Los nombres presentes en esta sección son pequeños espejos que refractan con su concavidad el alma del poeta. En Horacio, el espejo es la ausencia; en Nicómaco es la gran espera del retorno; en Alejandra, la nostalgia y la ausencia son espejos en donde el poeta se vuelve una imprecación continua; en Sofía, el tiempo del yo poético es el espejo donde se depositan anhelos que conducen hacia la ausencia, como si la muerte fuera una pulsión continua; como si no hubiera algo más allá del tiempo compartido. Finalmente, en Mama Nina reposan todos los espejos ya mencionados. Su imagen es cóncava y convexa, respectivamente, y además impulsan al yo poético a exteriorizar todo un río de sensaciones. La muerte de Mama Nina es una promesa constante para cambiarlo todo y ser mejores hijos, nietos y bisnietos. Solo en ella nada se pierde sino por el contrario, todo se transforma: «La muerte entonces se instaló en la casa y todos quisieron ser / durante esos dos días de velorio: Los mejores hijos / los mejores nietos / los más despistados bisnietos / los primeros en irte a visitar...» (p. 47).

Por último, en «Cuando descansan las aves y vuelo final», el vuelo ya es seguro; el yo poético ya ha aprendido que después de haber surcado los aires del centro de Lima; después de haber dado vueltas sin rumbo fijo, el único nido que conduce las coordenadas exactas del vuelo, es el cuerpo de la mujer amada. Ya no hay traspiés ni advertencias como en la primera lección; el yo poético ha mudado de alas. Si retornamos a la pregunta inicial de como construimos el amor sin caer en la cotidianidad, con todo lo mencionado la respuesta se hace sencilla: es en la vida diaria, familiar y nostálgica donde lo construimos. Este libro nos alecciona, pero al mismo tiempo nos da alas de libertad. Aquí el amor no va dirigido a una sola persona, aquí el amor se ha democratizado. Raúl Zurita, en *Canto a su amor desaparecido*, dice: «Mi amor ha quedado adherido a las rocas, al mar

y a las montañas», y es precisamente este amor enfocado en el libro que se adhiere y se mimetiza con quien lo lee. Es un amor ya no en primera o en segunda persona; es un amor que se ha colectivizado, y si no amamos como las aves, pues es hora de hacerlo.